

¿CONTINUARA CABALGANDO CARLOS IV?

Por Antonio Salazar Herrera.*

BESCU

En efecto, después de transcurridos 127 años, la estatua de Carlos IV, obra insigne del escultor valenciano Manuel Tolsá considerada como una de las estatuas ecuestres más perfectas del mundo, seguirá su carrera, esta vez ahuyentada por las terribles máquinas automotrices y el desarrollo y transformación urbana que lógicamente implica.

¿Su asiento definitivo o provisional?, el tiempo lo dirá; por lo pronto se le ha asignado lugar en las añejas calles de Tacuba, quizá más acordes a su tiempo y a la homogeneidad de su arte, pues quedará localizada frente al hermoso Palacio de Minería, obra importantísima de estilo neoclásico construida también por Tolsá entre 1798 y 1813. Así, posiblemente, será admirada por propios y extraños de cerca, sin riesgo de ser atropellados por el intenso e irrefrenable tráfico que actualmente padece nuestra capital. Esperemos que así sea.

Pero hagamos el intento de seguir las huellas de su incesante trote. Todo comenzó así: para congraciarse con el rey Carlos IV, don Miguel de la Grúa Talamanca, Marqués de Branciforte, Virrey de la Nueva España (1794-98), decidió dedicarle una estatua. Comisionó al Director de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, Manuel Tolsá (1757-1818), para que ejecutara la obra, comenzándola este a principios de 1796. Mientras se continuaba la construcción a mediados de ese año, se colocó provisionalmente en la Plaza Mayor una estatua ecuestre de madera y yeso semejante a la que se colocaría el 28 de noviembre de 1803, ya terminada por el arquitecto y escultor Manuel Tolsá, toda en bronce, de una sola pieza y con un

peso de 450 quintales (27,615 Kgs.). Contó para ello con la colaboración del también español don Salvador de la Vega.

Llevó aproximadamente siete años la realización de este monumento de 4.75 mts. de alto, entre fundición, fusión, vaciado sobre el molde, cincelado y pulido. Estas dos últimas actividades le tomaron a Tolsá 14 meses. Cuéntase que durante la operación de vaciado sobre el molde, y a consecuencia del fuerte calor que dimanaba de la pieza, el maestro perdió la mayor parte de su dentadura.

En esa época Tolsá mantenía sus talleres en la huerta del *Colegio de San Gregorio*, lugar que ahora ocupa el mercado *Abelardo L. Rodríguez*. Ahí empezó su peregrinaje por la ciudad hasta nuestros días. El 19 de noviembre de 1803 fue colocada sobre un carro de seis ruedas de bronce y salió para la puerta que daba al *Puente del Cuervo* (actualmente calle de Colombia). Nueve días después ya se encontraba en la *Plaza de Armas*, lista para la inauguración que se llevó a efecto el 9 de diciembre de 1803, día del cumpleaños de la reina María Luisa esposa de Carlos IV de Borbón (1748-1819).

El autor de la idea, el marqués de Branciforte, ya había terminado su gestión al igual que los siguientes virreyes: Miguel José de Azanza (1798-1800), Félix Berenguer de Marquina (1800-1803) y, por último, José de Iturrigaray (1803-1808), quien tendría el honor de develar la majestuosa estatua neoclásica, de recias formas en un

* Investigador de la Dirección de Difusión Cultural del Instituto Politécnico Nacional.



45-47

8



... así fue transportada hasta su nuevo sitio hoy *Plaza de la Reforma*...

conjunto magistral, donde se aprecia al monarca vestido de emperador romano.

En el patio del *Palacio de la Marquesa de San Mateo de Valparaíso*, hoy un banco privado, fue donde Tolsá hizo en cera negra de candelilla los primeros bocetos del famoso *caballito* y, el modelo que le sirvió para esculpir la famosa figura, se apodaba *el tambor*, semental éste de la *Hacienda del Jaral*, cuyo dueño era don Miguel de Berrio y Zaldívar, Conde de San Mateo de Valparaíso, miembro del Consejo de su Majestad en el Real y Supremo de Hacienda, Contador Decano jubilado del Real Tribunal Superior de las Audiencias de Cuentas del Reino, esposo de la Marquesa de San Mateo de Valparaíso, dueños asimismo del palacio que llevó el mismo nombre.

Diecinueve años estuvo la estatua en el *Zócalo*, hasta 1824 en que fue trasladada al patio de la Universidad, su segundo asiento, y los hechos fueron como sigue: a don Guadalupe Victoria, primer presidente del México Independiente, llegó a fastidiarle la presencia de la estatua de Carlos

IV, colocada en la Plaza Mayor, frente al Palacio Nacional. Un día externó la idea de mandarla fundir para hacer con ella un barandal y bancas destinado todo a ser colocado en la Alameda Central, pues le parecía más importante darle tal uso a esta obra de arte. Lo supo don Lucas Alamán, uno de sus ministros, y de inmediato se apresuró a esconder la escultura, no encontrando un lugar más apropiado que el patio principal de la Universidad, salvándose de esta manera de ser fundida.

El tercer traslado se efectuó en el mes de septiembre de 1852 y los acontecimientos transcurrieron así: (24 de sept. se develó) días antes de las fiestas patrias de dicho año, el Ayuntamiento bajo la presidencia de don Miguel Lerdo de Tejada, siguiendo instrucciones del Presidente de la República don Mariano Arista, comisionó al arquitecto don Lorenzo de la Hidalga (constructor del *Teatro de Santa Ana*, después *Teatro Nacional*) para conducirla desde la Universidad hasta la glorieta que iniciaba el Paseo de Bucareli. Quince días duró su nuevo paseo, llevado a cabo por



medio de una plataforma sobre cuñas de madera engrasada, así fue transportada hasta su nuevo sitio hoy *Plaza de la Reforma*. Como ya asentamos antes, 127 años permaneció en ese lugar, hasta el día 27 de mayo del presente año en que sufrió su 4o. cambio de domicilio, transportada sobre

rosas plataforma y arrastrada por cuatro potentes grúas, se encuentra en su nueva morada en donde ya obtiene el beneplácito de los viandantes.

Esta es la historia de una famosa escultura ecuestre que aunque representa a un soberano tirano, negligente y abúlico, *México la conserva como una obra de arte.*

